

quiera se creyó hacer en la ciudad la ronda de costumbre.

Muy de otra manera obró el activo y resuelto Aben Farax. Sin reparar en lo terrible y crudo de la noche, con menos de doscientos salteadores de la sierra que pudo recoger, diciendo á los alpujarreños que los del Albaicin les darian ya pronto la señal de la insurreccion, y asegurando á los del Albaicin que los ocho mil hombres de Lecrin y de la Vega le seguian; haciendo á sus salteadores vestirse tocas y turbantes turquescos, á la media noche llegó á las puertas de Granada; con picos y otros instrumentos que llevaba agujereó el muro, entró audazmente en la ciudad, sorprendió un centinela y una guardia de soldados cristianos, recorrió con su gente dividida en dos cuadrilla varias calles, asaltó con ella algunas casas, despertó á voces á los moriscos del Albaicin llamándolos á las armas, porque era llegada la hora y toda la tierra de los moros se habia ya alzado. Mas como aquellos mirasen y viesen tan poca gente, «dos con Dios, hermanos, les dijeron, que sois pocos y venís sin tiempo.» Con esta respuesta, y oyendo ya tocar á rebato las campanas de San Salvador, el atrevido Aben Farax, renegando de sus hermanos del Albaicin, é insultando groseramente su cobardía, volvió á salirse al rayar el alba por el portillo por donde habia entrado, la vuelta de Cénes, no habiendo acudido tampoco á auxiliarle los de la Alpujarra, por

que la nieve no les habia permitido franquear la sierra.

De tal manera habia sido aquella entrada, que se pasó gran parte del dia sin poderse averiguar en la ciudad la verdad de lo que habia pasado, y quiénes y cuántos, y de qué calidad habian sido los invasores. El marqués de Mondejar hizo reconocer con muchas precauciones el Albaicin, y le halló sosegado y todos los moros encerrados en sus casas para no ser robados en el alboroto. Con noticias que fué adquiriendo, despachó á uno de sus escuderos para que averiguara la direccion que los monfis llevaban en su retirada. Cuando volvió el explorador con noticia de haberlos visto, salió el marqués con sus hijos y cuantos caballos habia disponibles en su seguimiento, dejando órden al corregidor para que le enviara la infantería, segun se fuera reuniendo, hácia Dilar por la falda de Sierra Nevada, que era el camino que llevaban los monfis. Pero se habia perdido ya tanto tiempo, que cuando los cristianos llegaron á darles vista era ya casi de noche, y Aben Farax y los suyos se ocultaron entre las sierras cubiertas de nieve, y renunciando el marqués á darles alcance, se volvió á la ciudad.

Habia entre los moriscos granadinos un jóven llamado don Fernando de Córdoba y Valor, descendiente de los antiguos califas Beni-Omeyas, que habia sido caballero veinticuatro de la ciudad de Gra-



nada. Este jóven, de carácter ligero, de no muy arreglada conducta, y que por su prodigalidad se hallaba cargado de deudas habiendo tenido que vender hasta su veinticuatría, y se encontraba reducido á prision, tuvo medio de evadirse la noche de la víspera de Navidad, y dió consigo en la Alpujarra acompañado solamente de una morisca su amiga y de un esclavo negro. Alojóse en Beznar en casa de un pariente suyo, donde concurrieron otros muchos de su parentela. Acordaron estos entre sí, y con otros moriscos rebelados de tierra de Orgiba que allí acudieron, que puesto que el país se sublevaba y no tenían cabeza á quien obedecer, seria bueno nombrar un rey, y nadie podia serlo mejor que el mismo don Fernando Valor, toda vez que venia de linea derecha de reyes, y no estaba menos ofendido que otro alguno de los cristianos. Aclamáronle, pues, por rey de Granada y de Andalucía con el nombre de Muley Mohamet Aben Humeya. Hízose la ceremonia de la coronacion con la antigua fórmula de los musulmanes, rezó su oracion, juró morir en defensa de la fé musulímica, y todos le fueron besando la mano segun la costumbre antigua de sus mayores.

Al segundo día de este ensalzamiento, aparecióse allí Farax Aben Farax de regreso de Granada con sus compañías de bandidos con una algazara como si volviera victorioso. Alteróse grandemente al saber que acababa de ser alzado por rey don Fernando de Va-

lor, siendo asi que él habia sido nombrado antes cabeza y gobernador de todos los moriscos por los del Albaicin, diciendo á voz en grito que si la estirpe de don Fernando era ilustre, él tambien descendia de la noble familia de los Abencerrages, y era el primero que habia dado al pueblo la voz de libertad. Insistian los de Beznar en que no habia de ser otro que el que habian elegido; sobre esto hubieron de venir á las manos, pero mediaron algunos, y lograron concertar á los dos aspirantes á aquel simulacro de trono, quedando convenido que don Fernando de Valor seria el rey, y Aben Farax su alguacil mayor, cargo el mas preeminente entre los moros cerca de la persona real. De nuevo aclamaron los de Beznar á Valor en el campo debajo de un olivo, y Aben Farax se fué con trescientos monfis ó salteadores á acabar de sublevar la Alpujarra.

«Congoja pone verdaderamente pensar, cuanto mas haber de escribir las abominables maldades con que hicieron este levantamiento los moriscos y monfis de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada.» Con estas palabras comienza el minucioso historiador de la Rebelion y Castigo de los Moriscos la narracion del alzamiento general de las *tahas* ó distritos en que moraban los moros alpujarreños (1).

(1) *Taha* ó *taa* se llamaba el partido, distrito, jurisdiccion ó agregacion de pueblos sujetos á un alcaide ó gobernador militar. Las *tahas* ó cabezas de distrito eran doce: Orgiba, Poqueira, Ferreira, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, Los Ceheles, Adra,



En verdad estremece y horroriza la relacion de las atroces y bárbaras iniquidades que se cometieron en esta insurreccion, autorizadas unas y mandadas otras por el feroz Farax Aben Farax. Si la causa de los moriscos hubiera sido justa, bastarian á hacerla detestable las crueles abominaciones con que la mancharon, sin que por eso disculpemos ni menos podamos justificar á los que con medidas ó imprudentes ó exageradas exasperan á un pueblo y le conducen á la desesperacion.

Estremecen, repetimos, y horrorizan los actos de bárbara venganza que ejercieron en los cristianos aquellos terribles monfis ó salteadores, y hacen reposar de amargura el corazon, y hasta la pluma parece resistir á estamparlos. Era poco saquear y destruir casas y templos, romper imágenes, despedazar reliquias, hollar las formas sagradas, y profanar todos los objetos del culto religioso: era poco prender los sacerdotes, pasearlos desnudos y descalzos por plazas y calles con público escarnio y ludibrio: era poco dar muerte á todos los cristianos que pudieran haber de diez años arriba, «sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, y amigo á amigo:» era poco incendiar la torre ó el templo en que se hubieran refugiado los niños y mugeres cristianas huyendo

Berja y Dalias. Se conserva todavía en Andalucía esta voz geográfica, dice el Diccionario de voces españolas geográficas, publicado por la Academia de la Historia.

del cuchillo homicida, hasta hacerla desplomarse sobre los infelices que estaban dentro, aplastándolos á todos: era menester á aquellos hombres furiosos é iracundos apurar el refinamiento de los tormentos, de los martirios mas atroces y bárbaros. Aqui enterraban á un sacerdote vivo hasta el cuello, y se entretenian en asaetearle la cabeza. Allí mutilaban á otro miembro á miembro, y luego entregaban el cuerpo á las mugeres para que le picasen con agujas. Acá quemaban un convento de agustinos, y anegaban á los infelices en aceite hirviendo. Allá eran centenares de prisioneros, á quienes despues de haber atormentado con todo género de instrumentos cortantes y de punta, los llevaban á la hoguera, quemándolos de cuatro en cuatro, para que durára mas tiempo el espectáculo y presenciaran los unos los suplicios de los otros. Hombre habia..... mas no hombre, sino fiera, que arrancaba el corazon á un cristiano y le devoraba como hambriento tigre. Eclesiástico hubo á quien despues de muerto llenaron el cuerpo de pólvora y le pusieron fuego por tener el placer de verle estallar como una bomba. El martirio del cura de Canjayar don Marcos de Soto enciende en ira santa al hombre que no tenga del todo borrado el sentimiento de la humanidad. Despues de haberle de mil maneras escarnecido en el púlpito de su misma iglesia á que le amarraron y sujetaron; despues de haberle arrancado la barba y las cejas; despues de haberle ido mutilan-



do las estremidades, extraídole los ojos con que los vigilaba, y sacádole la lengua con que los reprendía, echaron su corazón á los perros..... No podemos proseguir. (1).

Sobre tres mil españoles perecieron de estas horribles maneras en el espacio de seis días, por orden y á presencia del feroz Aben Farax. Al fin el rey-zuelo Aben Humeya, bien fuese que le repugnáran tales horrores y crueldades, bien que entrara en su cálculo observar otra política, mostróse indignado de ver las sendas y caminos por donde andaba sembrados de cadáveres, y mandó por pregon que no se diera muerte á las mugeres ni á los niños, y que á los nombres mismos no se los ejecutara sin formación de proceso. Creció su indignacion al ver que ni sus amigos personales habian sido perdonados por su bárbaro alguacil mayor, y al llegar al castillo de Laujar (29 de diciembre, 1568), residencia en otro tiempo del desgraciado Boadil, mandó comparecer á Farax, y haciendo mañosamente retirar á sus monjes, y privándole así del apoyo que pudieran darle aquellos

(1) Mendoza, en el libro I. de su Guerra de Granada da cuenta de estas atrocidades en globo, y solo refiere en particular alguno que otro caso notable. Mármol, mas estenso y minucioso, dedica unos treinta capítulos del libro IV. de su obra á hacer la descripción topográfica de cada taha, á contar detenidamente la manera y cir-

cunstancias del alzamiento de cada una, y á consignar los actos de horrible barbarie que se cometieron en cada pueblo. Crónica escandalosa de los moriscos se podía llamar este libro IV. de la Historia de su rebelion, y de él podía sacarse un cuadro estadístico criminal que repugnaría leer.

verdugos, le intimó que rindiera cuentas de sus robos al tesorero Miguel de Rojas. No era fácil que se pudiera justificar el autor de tantos crímenes, y aunque Aben Humeya no le impuso toda la expiacion que merecia, al menos hizo un bien á la humanidad con inutilizarle quitándole el cargo y mando de alguacil mayor, y transfiriéndosele á su antagonista Aben Jahuar el Zaguer, tio de Aben Humeya.

Este rey de los moriscos, despues de haberse hecho coronar de nuevo solemnemente en Laujar, publicó un edicto ordenando la insurreccion general de todos los moriscos del reino, pero prohibiendo los asesinatos bajo pena de la vida y de confiscacion de bienes. Nombró un alcaide para cada taha, y volviéndose á Ujijar pasó á correr el valle de Lecrin (30 de diciembre), que todo hasta el pie de Sierra Nevada estaba por los moriscos, rechazadas de él las avanzadas cristianas. Para acreditarse de verdadero musulman, inmediatamente despues de su coronacion se habia casado con tres mugeres, de familias influyentes, ademas de la que de Granada habia llevado consigo.

Mientras así se habian ido alzando una tras otra y con poco intervalo de tiempo todas las tahas de la Alpujarra, en Granada, despues de muchas dudas sobre el partido que convendría tomar para sofocar la insurreccion, reunida la audiencia con su presidente don Diego de Deza, propuso uno de sus individuos,



el licenciado Nuñez de Bohorques, consejero que habia sido de Castilla y de la Inquisicion, que se hiciera salir veinte leguas tierra adentro de la ciudad á todos los moriscos del Albaicin y de la Vega, donde no pudieran auxiliar á los de la sierra ni con avisos, ni con armas, ni con gente, ni con consejo; la medida parecia bien á todos, pero se tuvo por peligroso ejecutarla, y por prudente suspenderla. Dióse de todo parte al rey, y el marqués de Mondejar ordenó á todos los señores de Andalucía que le acudiesen á la mayor presteza con gente de armas. El presidente de la audiencia por su parte, con noticia de que la rebelion se estendia ya hasta el reino de Murcia, acordó avisar tambien al adelantado de aquel reino don Luis de Fajardo marqués de los Velez, creyendo que su solo nombre llenaría de terror á los moriscos y los haria entrar en razon. Los de la ciudad se presentaron otra vez con su procurador general al presidente Deza, protestando de nuevo no tener parte alguna en el alzamiento, estar prontos á servir al rey con sus haciendas como buenos y honrados, y á observar y cumplir la pragmática de S. M. Pero continuaron las precauciones, la vigilancia y las rondas en Granada, asi como la insurreccion prosiguió estendiéndose por todo el pais comprendido entre Granada, Málaga, Murcia y Almería.

Daban ya harto que hacer los rebeldes moriscos á los capitanes cristianos Diego de Quesada, García

de Villaroel, Diego de Gasca, Ramirez de Haro y otros, en Orgiba, en Tablate, en las Guájaras, en Salobreña, en muchos lugares de la Alpujarra y valle de Lecrin y las cercanías de Almería, cuya ciudad se veia amenazada, mientras Aben Humeya se fortificaba en la taha de Poqueira, el mas áspero territorio de la comarca insurreccionada. Aunque no abundaban en Granada los recursos para emprender una guerra, porque hombres, dinero, vituallas, todo lo necesitaba el rey para las que estaba sosteniendo en otros paises, la necesidad era urgente, si no se habia de dejar á los moriscos enseñorearse de todo el reino. Y asi, recogiendo el marqués de Mondejar cuantas compañías de infantes y caballos pudo de las ciudades de Loja, Alhama, Alcalá la Real, Antequera, Jaen, y de los lugares de la Vega; dejando el gobierno militar de Granada á cargo de su hijo el conde de Tendilla, emprendió la campaña contra los moriscos sublevados (3 de enero de 1569), con poco mas de dos mil hombres, gente lucida y bien armada, pero nueva y poco hecha á la disciplina, llevando consigo á su yerno don Alonso de Cárdenas, á don Francisco de Mendoza su hijo, á don Luis de Córdoba, á don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villaroel y otros muchos caballeros, y los capitanes de la gente de las ciudades nombradas.

Con este pequeño ejército llegó al lugar del Padul, donde habremos de dejarle por ahora, mientras



damos cuenta de otros sucesos no menos ruidosos que entretanto habian acontecido en la córte <sup>(1)</sup>.

(1) A no dudar, los dos autores de mas crédito y que pueden mejor servir de guía para conocer las causas que prepararon y produjeron este lamentable episodio de la historia de España, el carácter del levantamiento de los moriscos, y los sucesos de la sangrienta guerra que dejamos comenzada, son don Diego Hurtado de Mendoza y Luis del Mármol, ambos contemporáneos y que pudieron ser testigos de los acontecimientos, ambos dotados de claro y recto juicio, de cualidades históricas, de grande erudicion, y colocados en condicion ventajosa por su posicion social para poder escribir con conocimiento y con datos.

Don Diego Hurtado de Mendoza, autor de la *Guerra de Granada*, vástago de una de las mas nobles y esclarecidas familias del reino, descendiente del célebre marqués de Santillana, y quinto hijo de don Inigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, primer marqués de Mondéjar; discípulo del sabio Pedro Mártir de Angleria y del famoso sevillano Montedoca; versado en los estudios de jurisprudencia y de humanidades, y en las lenguas latina, griega, arábica y hebrea, que habia cultivado en Granada, Salamanca, Padua, Roma y Bolonia; distinguido como militar en las guerras de Italia del tiempo del emperador; embajador por Carlos V. en Venecia y en Roma, y uno de los nobles españoles que asistieron en representacion y con poderes del emperador al concilio de Trento, y de los que se opusieron á su traslacion á Bolonia; en cuyos honrosos cargos se señaló por su

energía, su valor, y aun su dureza en defender los derechos y prerogativas de su soberano contra las pretensiones de la córte pontificia; nombrado por Felipe II. para una comision delicada en Aragon; por último, alternativamente desterrado é indultado por el rey á causa de algunos arranques de su genio severo y un tanto impetuoso; poseedor de una preciosa libreria que regaló al rey para su biblioteca del Escorial; autor de varias obras literarias graves y festivas, de las cuales unas se han publicado impresas, y otras existen manuscritas en la Biblioteca Nacional: tales son en compendio los títulos del autor de la Guerra de los moriscos de Granada. Muéstrase en ella familiarizado con las escenas que describe y con los sucesos que relata, los cuales se ven por lo tanto marcados con el sello de la verdad. Su estilo es por lo comun vigoroso y brillante, bien que se note demasiado estudio en imitar á los clásicos antiguos, y en especial á Salustio, que parece se propuso por modelo. Es digna de elogio la franqueza con que suele censurar, así las providencias del gobierno como las operaciones de los generales cristianos, á pesar de haber sido algunos de ellos tan próximos parientes suyos. Sin embargo, su obra se puede considerar mas como un bosquejo que como una verdadera historia de aquel periodo. Así poco mas ó menos la juzgan tambien Ticknor en su *Historia de la Literatura española*, tom. II., y el autor de la *Noticia de las obras y autores de historias de sucesos particulares* que precede al tomo XXI. de la Biblioteca de autores españoles.

Luis del Mármol Carvajal, tambien guerrero antes que historiador como Mendoza; que por espacio de veinte y dos años siguió las banderas imperiales en todas las empresas de Africa; que hizo otros viajes por mar y por tierra, y visitó muchos reinos y países de Africa y Asia; versado igualmente en las historias latinas, griegas, árabes y vulgares; comisario y ordenador que fué de ejército; de familia noble tambien, aunque él solamente se titula *andante en córte*, dió mucha mas latitud á su obra titulada: *Historia de la Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*; es como el desarrollo, el cuadro completo de lo que Mendoza habia hecho un diseño. Minucioso y prolijo en el relato de los pormenores de los sucesos, como un testigo de sus circunstan-

cias, sabe darles el interés de quien pinta lo que ha visto. Su narracion es clara, el lenguaje puro en general, los periodos á veces demasiado prolongados, y abunda en documentos importantes y curiosos.

El conde Alberto de Circourt, que ha escrito en nuestros dias la *Historia de los Moros Mudéjares y de los Moriscos de España*, se ve que ha seguido generalmente á Mármol, aunque á veces se desvia de él, anteponiendo ó posponiendo algunos sucesos, y ha tomado tambien algunas noticias de Bleda, de Perez de Hita y de Peraza, Antigüedades eclesiásticas de Sevilla, que no añaden interés particular á las que suministran los dos principales historiadores antes mencionados.